

Manuela Ball Vargas

**UN REGALO MUY ESPECIAL**  
y otras crónicas de la infancia





Mario Bonucci Rossini

**Rector**

Patricia Rosenzweig Levy

**Vicerrectora Académica**

Manuel Aranguren

**Vicerrector Administrativo**

Manuel Morocoima

**Secretario (E)**

## **EDICIONES ACTUAL**

**Director**

Víctor Daniel Albornoz

**Consejo Editorial**

Don Rodrigo Martínez Andrade

José Antequera

Fabiola de Navia Guerrero Gamarra

Debby Avendaño

Milagros Sánchez Carrillo

# **MANUELA BALL VARGAS**

Nació en Maracaibo en 1963. En el año 1965 se trasladó con su familia a la ciudad de Caracas y en 1972 se mudaron a Mérida. Tres años después viajan a La Guaira y a partir de ese momento cambian varias veces de ciudad hasta que, en 1979, se radican en Mérida definitivamente. Estudió Educación Mención Preescolar en la Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela. Es M.Sc. en Educación Mención Lectura y Doctora en Educación por la Universidad de Los Andes. Profesora Titular del Departamento de Pedagogía y Didáctica de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Ejerció su carrera docente y de investigación hasta el año 2016. Autora de artículos y capítulos de libros publicados en Venezuela, Chile y Francia referidos al Estudio de la aproximación temprana a la lectura, Formación de docentes en el área de la lectura y la escritura, La educación de niños con talento en Venezuela y la Educación preescolar en nuestro país. Amante de la lectura, siempre ha propiciado el amor por los libros y la literatura, dedicándose a la creación de espacios para compartir esta actividad tanto con sus estudiantes, mientras ejerció la docencia, como con sus afectos más cercanos.



UN REGALO MUY ESPECIAL  
y otras crónicas de la infancia  
© Manuela Ball Vargas  
1a edición, 2024

De esta edición  
© Universidad de Los Andes  
Dirección General de Cultura  
Ediciones Actual

Diseño y cuidado de la edición  
Dirección de Cultura  
Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

Diseño y diagramación  
Larisa Ball

Corrección de estilo  
Roberto Rodríguez Abreu

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:  
Depósito Legal: ME2024000134  
ISBN: 978-980-11-2174-9

Edición digital, 2024  
Reservados todos los derechos



El presente documento se distribuye en esta edición bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. La evaluación y arbitraje fue realizado de manera anónima y gratuita con la finalidad de contribuir con el libre acceso a la producción intelectual de la Universidad de Los Andes – Venezuela, a través de su Repositorio Institucional SaberULA ([www.saber.ula.ve](http://www.saber.ula.ve)).

ISBN: 978-980-11-2174-9



9 789801 121749

*A Bernardo y Alicia, mis padres, in memoriam...  
por hacer de mí el ser humano que soy.*

*A los miembros del Club de los nueve,  
mis hermanos.*

*A mis hijos, Andrea y Sebastián,  
lectores críticos y sugestivos.*

*En nuestra niñez,  
al no saber que se muere,  
fuimos inmortales.*

Miguel de Unamuno

*La verdadera patria del hombre  
es la infancia.*

Rainer Maria Rilke

# CONTENIDO

Pórtico	8
Los escalofríos de una infancia feliz	10
El Club de los nueve	13
La quinta Nolita	15
Las extravagancias de mis hermanos	16
6.7 en la escala de Richter	18
Kindergarten	19
Azúcar Cande	20
Luna llena, luna nueva	21
To be continued	22
Tevé en blanco y negro	23
El cuarto de la abuela	24
Cáscara de naranja	26
Los juegos de mi infancia	27
Frankenstein, Drácula y El hombre lobo	29
Una tarántula en Macuto	31
En bandeja de plata	32
Preparación para la buena muerte	34
Un lanzamiento inesperado	36
Flores de mango	37
La mascota clandestina	39
Un regalo muy especial	40
Una familia de músicos	41
La muerte llega en hamaca	42
Segunda comunión	44
El correo	47
Mi hermano el baterista	49
Un vampiro en la ciudad	51
El aviador americano	53
Los canarios de la abuela	56
Otro músico en la familia	57
No se permiten niñas	59
El cuartito de disfraces	61
Cuatros en la cabeza	63
Las pesadillas de mi padre	64
El encantador de niños	66
Un encuentro insospechado	68
Agradecimientos	73

# | PÓRTICO

Comencé a escribir estas crónicas una madrugada de abril. Una sucesión de sueños luego de prolongados insomnios, y a la inversa, tuvo como resultado que imágenes de la casa de mi abuela materna, en la que habían transcurrido los primeros años de mi infancia y que vagamente recordaba, afloraran nuevamente.

La quinta Nolita, ubicada en Caracas, tuvo siempre un halo de misterio y complicidad para mí. Allí transcurren gran parte de estas historias en las que se entrecruzan mi infancia y la juventud de mi madre. Aquel hogar es protagonista y testigo de anécdotas familiares, olores inconfundibles, juegos interminables.

Fue allí donde compartí por poco tiempo con mis ocho hermanos –juntos–, los entretelones de una familia numerosa, diversa, vivaz. Con una abuela que aportaba, más que autoridad, asombro por su historia personal, admiración por su templanza para superar obstáculos, fortaleza y determinación para levantar seis hijos ella sola en las primeras décadas del siglo pasado.

¿Qué sería del hombre sin su infancia? Este periodo de mi vida transcurrió en una atmósfera cálida, afectuosa, pero también con el sobresalto que produce la efervescencia de hermanos adolescentes, y otros no tanto. Con la inquietud de la sorpresa por descubrir cosas nuevas, llevada de la mano de la experiencia de mis hermanos mayores.

Fue así como, entre recuerdos borrosos y precisiones prodigiosas de una memoria a largo plazo –la de mi madre–, comencé a escribir y reescribir estas historias. Fue mi madre quien nos contó desde muy pequeños sus vivencias infantiles: los años que vivió en Maracaibo –su ciudad natal– con su familia materna; el abuelo Ángel, tan cómplice y amoroso con sus nietos; la “patota” de primos que solían jugar en la hacienda El Curarire. Uno de sus recuerdos más preciados para mí, sobre todo por el impacto

que me causaba, fueron los años que pasó interna en un colegio en Curazao. Si bien ella los contaba divertida y celebraba sus travesuras de niña, a mi me producían agonía, desazón, solamente imaginarme las angustiantes situaciones que de niña había pasado en aquel recinto.

Las otras historias, las que tienen que ver conmigo, son testimonios de mis recuerdos personales, cómo viví la casa de la abuela, cómo sentí cada uno de sus rincones, cómo la vida para mí se circunscribe, en ese entonces, a mis ojos de niña, a mi pequeño mundo infantil. Muchos datos fueron corroborados por mis hermanos, otros agregados absolutamente suyos, particularmente en las historias en las que yo aún no tenía memoria por mi corta edad. Entre realidad y ficción el recuerdo de la infancia se va concretando, haciéndose palpable.

Aquí ofrendo, sobre estas páginas que rememoran un tiempo en el tiempo, mis relatos. Esa etapa de *vita contemplativa* que es la infancia y que deja una impronta en cada uno de nosotros, ese aroma particular que adereza a quienes nos vamos forjando.

**Manuela**

# LOS ESCALOFRÍOS DE UNA INFANCIA FELIZ

De la quinta Nolita de su abuela, en Caracas, pasando por Maracaibo y otros lugares reconocibles y perfectamente datados, surge un perfume inigualable. Delata el encanto por la infancia vivida y por las historias contadas hasta remontarse a su mismísimo bisabuelo pero sobre todo, la sensibilidad pausada y la dulzura de una finísima autora. Historias contadas y vividas, llenas de magia y fantasía pueblan este mundo de la infancia, acariciado con tal nivel de justeza en la exposición y tal afecto explícito y soterrado que gana el corazón del lector, así de piedra fuese.

Porque en la ciudad venezolana de que se trate, en mi Montevideo, Los Ángeles o en la Cartago antigua, situaciones así o parecidas marcaron los primeros años de los seres humanos. Pueden cambiar los escenarios y la tecnología, los métodos educativos o de comunicación pero los factores comunes de intercambio y encuentro se hallan presentes en todos ellos. Los localismos no abruma ni obstaculizan la universalidad de estas crónicas; simplemente, le dan un gusto y un color muy particular.

En realidad, la mirada de Ball adulta facilita que sus encantados receptores volvamos a ser niños. “El club de los nueve” hermanos incluye bromistas crónicos, músicos, científicos en ciernes y rebeldes, conducidos por el hilo de Ariadna del afecto. Y se salvan de cualquier laberinto, porque como bien dice la cronista: “La infancia es el resguardo de la inocencia, el antídoto contra el destino”. Y estamos dispuestos a suscribirlo con nuestros ojos asombrados y agradecidos, con nuestra memoria pero también con nuestras manos que supieron trepar a árboles y manejar los controles de la nave “Enterprise” de “Viaje a las estrellas”.

La familia de Ball es “filmada” literariamente a través de textos brevísimos o no tan breves, nunca excesivamente largos, más o menos anecdóticos, reflexivos, descriptivos o humorísticos pero jamás exentos de una entrañable ternura.

La factura lingüística, los giros y el orden en que los episodios son representados, presentan de tal modo la riqueza interior de las personas que les dieron origen, que permiten el disfrute de un latinoamericano del sur, como quien esto bosqueja, y seguramente de cualquier humano sensible.

Se ha hecho literatura de la buena con circunstancias mínimas como juegos infantiles, búsqueda de botones, cintas de colores u otros tesoros. Se ha acertado en la perspectiva y en el tono correspondiente a cada suceso y se ha recortado lo que merecía ser separado de su entorno original para transmitir frescura, cariño e innegable simpatía.

Aparecen los miedos a las arañas, serpientes o los murciélagos, por ejemplo. Algunos de esos repulsivos animales se asocian a los personajes inefables de la pantalla. Pero la televisión cumple más funciones en esta historia. Inclusive, uno de los textos recopila simplemente aquellas seriales que llenaron de júbilo y aventuras a los que fuimos televidentes de pantallas en blanco y negro. A mi Uruguay (digo “mi” no porque me pertenezca sino al revés) llegaban las mismas seriales, y los niños orientales sentíamos seguramente los mismos sobresaltos, escozores y placeres que el resto del continente.

No todas son rosas en estas crónicas... El bisabuelo de Manuela muere en su hamaca, mecido amorosamente por su hija. Hay enfermedades e incomprendiones, muerte de mascotas queridas y separaciones de años, por ejemplo, que alejan a un progenitor de su hija, madre rencorosa mediante. Sin embargo, también hay chistes y mucho amor, reconciliaciones y recuperaciones de tiempos perdidos, múltiples juegos compartidos y una placidez continua que parecen decir que la luz barre con las desgracias y la unión familiar aleja los

fantasmas de la truculencia. Un grupo humano de clase media, con buenos pilares y en varios de sus integrantes, con propensión a la fantasía, con una Mary encarnando a Frankenstein, un Héctor a Drácula y Manuela al Hombre Lobo, no pueden menos que hacer las delicias del lector abierto y sensitivo.

Con pocos y exactos elementos se perfilan las distintas psicologías, sin discriminaciones negativas ni descalificaciones. Ball ha recreado un reino de este mundo al que todos podemos acceder, en la medida que nos animemos. No reconvenciona ni juzga ni idealiza hasta tornar inverosímiles a sus seres queridos. Por el contrario, sin nombrar la palabra ni hacer comentarios, captura una infancia feliz, reflejo de las mejores cualidades y valores de los venezolanos y de los hombres.

Formalmente, se utiliza muchas veces el esquivo “narrador testigo”, una primera persona del plural que abarca a los nueve hermanos. Lo señalamos porque ese tipo de narrador es tan infrecuente que debemos poner la lupa sobre un capítulo único de “Madame Bovary” de Flaubert, “Una rosa para Emily” de Faulkner o “Los adioses” de Juan Carlos Onetti para encontrarlo; tan escasa es su aparición en la historia de la literatura.

Pero eso es simplemente un recurso. Lo que rezuman estas crónicas que denotan cultura sin hacer ostentaciones y conocimientos literarios sin ponerlos en un artificioso primer plano, es algo mucho más profundo e indeterminado en su deliciosa concreción. Lo que insinúan estos relatos breves de una inusitada calidad, son los frutos que pueden alcanzarse cuando se ha sembrado desde los primeros años con sentimientos fraternales, tutelados sabiamente y demostrativos de un incontrastable e inocultable amor.

**Lauro Marauda**  
**Escritor**

# EL CLUB DE LOS NUEVE

## **Bernardo**

Baterista, ex Impala, defensor de los derechos del Planeta Tierra.

## **Ricardo**

Cineasta, periodista de profesión, encantador de niños.

## **Pina**

Madre sustituta de los tres últimos hermanos. Desde siempre le gustó la cocina.

## **Alicia**

“La flaca”, hiperquinética. Calle, calle y más calle.

## **Emilio**

Elmer... el gruñón. Economista. Una vez fue *hippie* y tocó la guitarra.

## **Coqui**

Músico, fabricante de sueños... y de instrumentos de cuerda.

## **María Mercedes**

Mejor conocida como Mary. Le gusta *La France* y el genoma humano. De pequeña: Frankenstein.

## **Héctor**

Ingeniero sistemático, mi casi gemelo. Su personaje: Drácula.

## **Manuela**

Hombre Lobo... la última de la prole, aún sueña con la luna.

Entre el primero y la última, una distancia de 17 años... Cuando yo llegaba al Club, Bernardo iba de salida.



Ocho miembros del club con nuestra madre. Bernardo ya había dejado el nido. Campamento Machado, Altos Mirandinos, 1967.

# LA QUINTA NOLITA

Caracas.

Urbanización La Florida. Final avenida Los Pinos con calle El bosque. El primer escenario de mi infancia. No recuerdo otro que le preceda. La casa de dos pisos, techo a dos aguas y paredes blancas de la abuela Nolita. Inmensa ante mis ojos de niña. Entre acogedora y misteriosa. Resguardo de mis sueños infantiles, telón de mis pesadillas nocturnas.

Éramos doce... contando a mis padres y a la abuela. Una multitud.

“Eran otros tiempos” -diría mi madre.

# **LAS EXTRAVAGANCIAS DE MIS HERMANOS**

La habitación de Emilio y Coqui estaba ubicada al final del segundo piso, cerca del cuartito de disfraces. Para poder llegar allí, y aunque parezca extraño, necesariamente tenían que pasar por el cuarto más grande, en el que dormíamos Mary, Héctor y yo.

Un día se les metió en la cabeza -cosas de la adolescencia- pintar el cuarto de negro. Todo: paredes, techo y ventanas incluidas. Una verdadera boca de lobo. A pesar de los regaños de mi madre y de las negativas de la abuela, lo hicieron sin mayores contemplaciones.

Durante el día no me daba tanto miedo, mientras las ventanas permanecían abiertas. Hasta jugábamos a Drácula, Frankenstein y otros juegos parecidos. Pero cuando caía la tarde, el cuarto se transformaba y adquiría una extraña apariencia, todo parecía cobrar vida.

Un día me quedé dormida. Me arropé con una pesada cobija que me impedía mover el cuerpo. Entrada la noche algo se abalanzó sobre mí. Al principio no supe de qué se trataba, pero cuando abrí los ojos vi a un enmascarado parecido al Zorro. Solo el blanco de sus ojos y su maléfica sonrisa eran visibles en aquella oscuridad. Sentí un miedo inusual. Comencé a dar alaridos hasta que mis hermanos vinieron a rescatarme.

Mary huyó sin dejar rastro. No la volví a ver hasta el otro día. Creo que ese fue el origen de mis pesadillas nocturnas.



Mis hermanos Emilio y Coqui en la Quinta Nazaret, Maracaibo. c. 1958.

## **6.7 EN LA ESCALA DE RICHTER**

29 de julio de 1967, 6.7 grados en la escala de Richter, cinco minutos para las siete. El recuerdo más antiguo que compilo en mi memoria.

Era de noche. En el garaje de la casa los adultos jugaban a las cartas. Yo observaba de pie junto a una de mis hermanas.

Lo que más me impresionó, además del estruendo que parecía el fuerte rugido de un león, fue esa sensación de caminar sobre una cuerda floja, como si todos los ratones encantados de Hamelín me llevaran suspendida en sus lomos.

No sé cuánto tiempo pasó, pero de pronto nos encontramos en medio de la calle. Mi madre, arrodillada y con los brazos extendidos, pedía misericordia.

“La casa no sufrió nada. Fuimos afortunados. Apenas una grieta en la pared del porche” -dijo Pina, con la sabia intención de consolarnos.

El que sí sufrió fue mi hermano Héctor Enrique. Al día siguiente, mientras nos preparábamos para ir a misa y dar gracias a Dios por conservarnos enteritos, el pobre se cayó de una silla más alta que una cuarta.

Nada de iglesia. Nos fuimos directo para el hospital donde le enderezaron el brazo y le pusieron un horrible yeso con un clavo en el codo. Pasó mes y medio tropezando contra las paredes. También soportándonos a Mary y a mí, dibujarle arabescos en el brazo enyesado.

# KINDERGARTEN

Se llamaba Erick. Tenía los ojos más azules y el pelo más amarillo que jamás vi, ni antes ni después. Estudiaba un año más que yo.

Nunca me habló, tampoco yo. Solo supe que un día cualquiera de ese año escolar se marchó de nuevo a su país, Alemania.

Yo solo tenía seis años... y me había enamorado.



Manuela en el Kinder del Colegio La Florida, Caracas, 1968.

# AZÚCAR CANDE

La abuela Nolita trabajaba en el Congreso Nacional en Caracas. Era correctora de textos y hablaba inglés, francés e italiano, aparte del español, claro.

Todas las tardes Mary, Héctor y yo, la esperábamos en el patio a que llegara del trabajo. Lo primero que hacíamos al verla era preguntarle qué nos había traído. Ella se hacía la interesante y primero nos contaba algún cuento para entretenernos.

Luego, la ansiedad era tan grande que no le quedaba otra que vaciar sus bolsillos y entregarnos las esperadas bolsitas de azúcar cande: dulces terrones blancos unidos por un trozo de pabilo que mis hermanos y yo disfrutábamos como si se tratase de un caramelo gourmet.

# LUNA LLENA, LUNA NUEVA

No sé cuándo ocurrió, pero de pronto nos dio a mis hermanos y a mí por quedarnos hasta tarde a ver la luna. La autora intelectual y material de semejante propósito era María Mercedes. Ella sabía las fases del satélite e imagino que se informaba antes de armar todo el aparataje que implicaba para los tres (ella, Héctor y yo) trasnocharnos con el único propósito de deleitarnos con la magia nocturna.

Al frente de la operación “luna llena”, nos hacía descender del segundo piso sin que nadie nos viera. Nos llevaba a la cocina y allí, clandestinamente, hacía que tomáramos café negro y un poco de coca cola, para no ir a correr el riesgo de quedarnos dormidos.

Una vez en el cuarto, levantábamos cuidadosamente las tres camas y las colocábamos una al lado de la otra, en dirección a la ventana. No faltaba un vaso de agua al pie de la cama de Mary para echarnos en la cara cuando veía que mi hermano y yo nos estábamos durmiendo. Según ella, a las doce de la noche, la luna mostraba su facha luminosa justo en frente de nuestra ventana.

Solo pude verla una vez. Casi siempre me dormí antes de que apareciera, a pesar de las amenazas de mi hermana. Ese día, aunque fue asombroso, la lunática fui yo. No pude levantarme para ir al colegio y tuve que confesarle a mi madre -sin develar nuestro secreto- que no había dormido en toda la noche.

Una vez, mientras hacíamos lo nuestro, Emilio llegó en la madrugada y nos descubrió. “¿Están locos? ¡Acuéstense a dormir!”-fue lo único que atinó a decir.

Hasta aquel día pudimos ver la luna iluminar nuestro cuarto como un reflector en la noche oscura.

# TO BE CONTINUED

Dicen que de niños las cosas nos parecen más grandes de lo que son. No tengo manera de comprobarlo. Desde que nos mudamos a Mérida en el año 72, nunca más volví a la casa de la abuela. Ella murió tres años más tarde y la casa fue vendida poco después.

El garaje me parecía uno de los lugares más espaciosos y mágicos de la quinta Nolita. Allí, tanto mi abuela como mi padre guardaban objetos inservibles o de poco uso: estantes destinados a los chécheres, radios antiguos, teléfonos descompuestos, desvencijadas consolas de tocadiscos. También había una mesa donde los adultos solían jugar a las cartas o al dominó.

Por las tardes, además de escondite, mis hermanos y yo jugábamos a Viaje a las estrellas. El garaje se transformaba por completo en la nave estelar Enterprise. Nosotros, los únicos tres tripulantes -el Capitán James, el Señor Spock y el oficial Leonard MacCoy- viajábamos a mundos desconocidos y vivíamos las más insólitas aventuras.

A veces, descubríamos nuevas civilizaciones, o nos enfrentábamos a muerte con otras naves que se cruzaban en nuestro camino. Más de una vez nos vimos en apuros al ser interceptados por una lluvia de meteoritos. Otras, caíamos víctimas de algún extraño virus que nos mantenía en cuarentena, o éramos invadidos por alienígenas que penetraban al Enterprise sin darnos cuenta.

Generalmente, la ficción terminaba al escuchar a mi madre gritar desde la cocina: “¡La cena está servida!”. Como por arte de magia se rompía el encanto y la historia quedaba en suspenso hasta el próximo viaje...  
To be continued.

# TEVÉ EN BLANCO Y NEGRO

Perdidos en el espacio, Ultraman, La familia Monster, Flipper, Agentes fantasmas, Viaje a las estrellas, Super agente 86, Lassie, El Zorro, Tierra de gigantes, Hechizada, Viaje al centro de la tierra, Batman, El avispón verde, Los tres chiflados, Mi bella genio, El príncipe dinosaurio, Viaje al fondo del mar, UFO, El Show de Lucy, Tarzán, Los locos Adams, El llanero solitario, Mi marciano favorito, El túnel del tiempo, La pandillita, Ben Casey, Linterna verde, Misión imposible, Flash Gordon, Daktari, El hombre araña, El Santo, Capitán Centella, El agente de Cipol, Aquaman, Hawaii 5-0, Capitán Escarlata, El fugitivo, Los vengadores, El pequeño samurai (Fujimaru del viento), Los tres mosqueteros, Jonny Quest, Los cuatro fantásticos, Dick Tracy, Flash Gordon, Los halcones del espacio, Las nuevas aventuras de Superman, El fantasma del espacio, Don gato y su pandilla, Meteoro, Popeye el marino, La hormiga atómica, Los imposibles, Pixie, Dixie y el señor Jink, Los supersónicos, Jim West, El trío galaxia, Los picapiedras, Super ratón, La hora del monstruo Milton, Shazzan, Mister Magoo, Batfink, Droopy, Astroboy, Huckleberry Hound, Birdman, Hércules, Los Archies, El gato Félix, Banana Splits, Cool McCool, Gasparín, Fantasmagórico, Magila Gorila, Tiroloco McGraw, La familia Telerín, El oso Yogui, Simbad el marino, El pájaro Loco, Canito y Canuto, El inspector ardilla, La pequeña Lulú, El lagarto Juancho, La gata loca, Los autos locos, El monstruo de la laguna negra, El Conde Drácula, Frankenstein, El hombre lobo...

# EL CUARTO DE LA ABUELA

Detrás de la quinta Nolita, como un anexo, mi abuela había mandado construir un pequeño apartamento cuando mis padres y sus nueve críos nos fuimos a vivir con ella. Además de acogedora, su pequeña morada era enigmática, escondía tesoros que Mary, Héctor y yo ansiábamos descubrir.

De vez en cuando, y debo decir, muy de vez en cuando, la abuela nos permitía entrar en su cuarto y “poner orden” en las gavetas de su chifonier. Una vez autorizados, se originaba, al menos en mí, una extraña sensación, una especie de escalofrío recorría mi cuerpo. Como si una anguila eléctrica me rozara los pies y toda su energía me atravesara hasta llegar a la cabeza. Una vez allí, mi mente explotaba en destellos luminosos anticipándome lo que encontraría.

Con algo de precaución, nos adentrábamos en su refugio. Al pasar el umbral de la puerta, una hermosa pintura de grandes dimensiones colgaba en la pared del fondo. El tema: una madre sentada con un niño dormido en brazos y otro de pie. Ella, con el dedo índice sobre su boca, le indicaba al niño plantado a su lado que hiciera silencio. Un gesto que también valía para nosotros pues entrábamos sigilosamente, hablando los tres en un tono de voz casi imperceptible. Entonces, comenzaba la magia.

Yo me olvidaba de mis hermanos. Abría cajones, revisaba escondrijos, jugaba a la exploradora. Objetos y más objetos eran redescubiertos en cada viaje: frasquitos con sustancias desconocidas, olorosas cajas de madera que custodiaban amarillentas cartas envejecidas, compartimientos secretos conteniendo delicadas telas bordadas o tejidos nuevos y viejos hechos por mi abuela, hermosas cajitas de cartón decoradas con arabescos que ocultaban monedas antiguas traídas de países extraños, costureros añejos resguardando tijeras desvencijadas, botones extranjeros, hilos inservibles...

Siempre tuve esa sensación de extrañeza con la abuela. Tal vez por su fama de mujer valiente, temeraria, fuera de época. Tal vez porque siempre mantuvo esa distancia imaginaria entre ella y nosotros, las pécoras de la familia.



La abuela Nolita, c. 1936.

# CÁSCARA DE NARANJA

En sus ratos libres, la abuela se sentaba con nosotros en el patio a comer naranjas. Una, dos, tres, cuatro. Era una experta peladora.

Una espiral perfectamente elaborada salía de las manos de mi abuela, tanto que podía armarse nuevamente y casi ni se notaba. Ella pelaba las naranjas, nosotros jugábamos a los hawaianos. Las cáscaras las usábamos como collares...

# LOS JUEGOS DE MI INFANCIA

Durante los seis años que duró mi estadía en la casa de la abuela, jugábamos dentro y fuera de ella. En su interior, la inmensidad del espacio nos embriagaba y la imaginación volaba para inventar cualquier tipo de juego: El correo, Viaje a las estrellas, Tertulias en el bar, Viaje al fondo del mar, Guerra de metras, Juego de disfraces, Frankenstein, Drácula y el Hombre lobo. Este último era uno de mis favoritos.

También jugábamos yakis, ludo, damas chinas y armábamos rompecabezas de cinco mil piezas en los que participaba una multitud de gente que iba de visita a la casa, amigos sobre todo de mis hermanos Emilio y Coqui.

Cuando no estábamos adentro, salíamos al patio a jugar a la Ere paralizada, Escondite, El avión, Stop, Palito mantequillero, Un, dos, tres, pollito inglés, Penitencia, La semana, Pimpón. Saltábamos a la cuerda, montábamos zancos, patinábamos.

A mí me encantaba saltar a la cuerda, sobre todo cuando usábamos una sogá de mi padre que medía más de cinco metros. A cada extremo se situaba un participante y podíamos saltar hasta cuatro a la vez. Mientras lo hacíamos cantábamos: Tun tun, ¿quién es?, el cartero, ¿qué trae?, una carta, ¿para quién?, para Mary, ¿de cuántas líneas?, de treinta... Así que debíamos saltar el número de líneas que indicaba el cartero y el que no lo hiciera o se equivocara, estaba frito.

También arrancábamos chicharras de las cortezas de los árboles y el que recogiera más, ganaba. Siempre tuvimos la tentación de trepar a los árboles de mamón y almendrón que había en el patio, pero nunca nos dejaron. Solo mis hermanos mayores podían hacerlo. Ellos tenían cada uno su casa de árbol, con cartel y

todo. Hacíamos rondas y entonábamos canciones como El cocherito leré, Doña Ana, Los pollos de mi cazuela, A la víbora de la mar y algunas que ya ni recuerdo. Qué tiempos aquellos...

La infancia es el resguardo de la inocencia, el antídoto contra el destino.

# FRANKENSTEIN, DRÁCULA Y EL HOMBRE LOBO

El segundo piso de la casa me producía cierto temor. Sobre todo cuando nos quedábamos solos mis dos últimos hermanos y yo. Sin embargo, solíamos inventar juegos o recrear los ya gastados por el tiempo.

Uno de los favoritos era “Frankenstein, Drácula y el Hombre lobo”. Cada uno de nosotros se posesionaba de su papel y entraban en escena tráileres de las películas de los tres personajes que veíamos con frecuencia en la tevé en blanco y negro.

Mary (Frankenstein), Héctor (Drácula) y yo (el Hombre lobo), a pesar de nuestras diferencias, vivíamos hermanados en un mismo castillo -con laboratorio incluido- y un lúgubre pantano se extendía al fondo del mismo. A veces, en tardes manchadas por la densa niebla, emergía el famoso monstruo de la Laguna negra y, en enfrentamientos cuerpo a cuerpo, nos batíamos con él hasta que lo hacíamos regresar a su lodazal.

A mí, el olor a humedad me helaba la sangre. En noches de luna llena me transformaba para ir a atacar a seres indefensos. Sagaz pero sin misericordia, sin arrepentimiento, estaba siempre propenso a la matanza.

Drácula, por su parte, odiaba la luz, por eso cubríamos las ventanas con sábanas. Si estábamos en el cuarto de Emilio y Coqui no había problema, pintado de negro era el habitáculo perfecto para un vampiro. Cuando estaba ávido de sangre las víctimas eran nuestras infortunadas muñecas que, luego de la jornada, quedaban macilentas, apagadas, desparramadas por el piso.

Así compartíamos la morada. Nuestras extrañas naturalezas nos unían de alguna forma y también las meriendas que cuidadosamente preparábamos antes de dar inicio al juego.

Una tarde, mi hermana, es decir, Frankenstein, encarnó su papel con demasiada vehemencia. Cuando se acostó en la mesa de operaciones (una gran maleta azul de mi padre) –rememorando la escena de dar vida al monstruo– el Dr. Drácula hizo pasar una corriente eléctrica demasiado fuerte. Luego de convulsionar varias veces y botar espuma por la boca (creemos que usó sal de fruta ENO), quedó inerte en el piso.

Drácula y yo nos asustamos, lo tocamos primero, le abrimos los ojos después y, por último, lo zarandeamos. Nada. Muerto como una momia. Luego de insistir e insistir en que se incorporara y rogarle con lágrimas en los ojos que no se muriera, mi hermana no pudo fingir más y estalló en carcajadas.

Ese día la golpeamos tanto que no le quedaron ganas de jugarnos una broma como esa nunca más en su vida.

# UNA TARÁNTULA EN MACUTO

Teníamos dos años viviendo en Mérida cuando a mi padre, gerente de la Línea Aeropostal Venezolana, lo trasladaron a la oficina del aeropuerto de Maiquetía, y tuvimos que mudarnos nuevamente.

A nuestra llegada a la casa de Macuto (Estado Vargas), moraban una serie de alimañas y bicharracos de lo más extravagantes: tuqueques, culebras, murciélagos y arañas de variadas formas y tamaños.

Desde la primera noche, y durante los casi doce meses que vivimos allí, no hubo un solo día en que mi madre no revisara los cuartos, sacudiera las camas y, linterna en mano, echara un vistazo debajo antes de irnos a dormir, “porsiacaso”.

Sobre todo los tuqueques me parecían de lo más tiernos, pero ella insistía en que eran malignos y que podían picarnos y quedarse pegados por un rato. Siempre usaba la misma expresión cuando alguno de mis hermanos tenía novia y quería estar cerquita de ella: “¡Pareces un tuqueque!” -le decía.

Una tarde, al llegar del colegio la encontramos sentada en la sala esperándonos, lívida, perturbada. Inmediatamente nos puso al tanto de lo sucedido: mientras lavaba la ropa en la parte trasera de la casa, súbitamente sintió algo extraño, como si unos ojos se le clavarán en la nuca. Miró de reojo y volvió a mirar. Allí mismo estaba, con sus cuatro ojos fijos en los dos de ella.

Con disimulo pero aterrada, examinó a su alrededor como buscando algo con qué detener aquella amenaza. Sólo eso encontró. Una bota Frazzani fue asestada en la humanidad de la pobre araña. Y allí quedó, inmóvil, espachurrada, con las patas encogidas. “¡Era una Tarántula! ¡Les juro que era una Tarántula!” -se desahogó por fin mi madre.

# EN BANDEJA DE PLATA

Cuenta mi madre que en uno de los viajes de mi abuela a su ciudad natal -Maracaibo- se enamoró de un gallito cubano que le regaló un amigo. De regreso a Caracas lo metió en una caja y se montó en el avión, ligando que este no cantara durante el vuelo. Una vez en la quinta Nolita, lo llevó al gallinero en la parte trasera de la casa donde también tenía una familia de gallinas coloradas.

Adoraba mi abuela a su gallito y se convirtió en su despertador matutino pues todas las mañanas al clarear el alba cantaba puntualmente. Cuando quería pisar a las gallinas, se les montaba en el cuello y su minúsculo tamaño lo hacía lucir como un gran lazo blanco en el lomo de sus amantes.

Un día el gallo no cantó. Mi abuela le pidió a mi madre que fuera al patio a ver qué pasaba. Se llevó un susto al ver un gran gallo de pelea merodeando por el lugar y a la pobre criatura indefensa tendida en la arena.

Aterrada y sin saber qué decir, mi madre regresó al cuarto de la abuela. Cuando le dio la noticia, esta sufrió una metamorfosis instantánea. Se puso sus pantalones y como Flash Gordon salió disparada de la casa directo al callejón Pedrosa a buscar al sujeto que le haría el trabajito. Este, sin más preámbulos, agarró al intruso y lo llevó a la cocina donde la abuela, con premeditación y alevosía, tenía sobre el fuego una gran olla de agua hirviendo. Agarró al gallo, le apretó el pescuezo y allí lo sumergió. Luego, con algo de placer, le quitó cada una de sus hermosas plumas y lo puso, ya desnudo, sobre una gran bandeja.

Cerca del mediodía tocaron a la puerta. Eran los vecinos que venían a preguntar por su gallo de pelea. Mi abuela, luego de proferir los improperios más insólitos en la boca de una dama, entregó al guerrero en bandeja de plata. De todas formas, esto no le devolvió a su gallito

cubano. Amenazas, ultrajes y amagos de denuncias con la policía, de parte de los agredidos, no valieron de nada.

La tristeza de la abuela se prolongó por un buen tiempo y nunca, cuenta mi madre, pudo olvidar el infausto día en que un plumífero peleón atacó de muerte a su hijo consentido.

# PREPARACIÓN PARA LA BUENA MUERTE

Cuando mi madre tenía nueve años la montaron en un bimotor Ralley con destino a la isla de Curazao. Pretendían internarla en un colegio de monjas exclusivo para señoritas, el Sagrado Corazón de Jesús, también conocido como *Welgelegen*. Allí estuvo, junto con su hermana Cecilia, tres largos años, hasta que empezaron a soplar vientos de guerra y las mandaron de regreso a Venezuela.

Al llegar a la isla lo primero que le advirtieron, con bastante seriedad, fue que, si el mechurrio de la refinería ubicada muy cerca del colegio llegaba a apagarse alguna vez, estaban fritas. La isla estallaría en pedazos. Esta pesadilla la atormentó durante toda su estadía. Siempre se asomaba por la ventana, con el corazón agitado, a comprobar que aquella chimenea estuviera encendida.

El Colegio era inmenso. Tenía tres pisos y amplios corredores se extendían a lo largo y ancho del edificio. Una imagen colosal del Sagrado Corazón de Jesús con los brazos extendidos se levantaba en la fachada principal, imponente, vigilante, atenta al proceder de las niñas. Canchas de tenis, fútbol, sala de teatro, pista de patinaje, hermosos jardines caribeños rodeaban el lugar.

Religiosas de múltiples nacionalidades eran las encargadas de la educación de las pequeñas. Soeur Juliette, Soeur Cuniverta, Soeur Blandine... esta última amiga de mi abuela a quien le había encargado explícitamente la educación de mi madre con un: “Dómela como a un potro”.

Una vez al mes, si se portaban bien, les permitían salir de paseo. Mi madre y mi tía, que pocas veces salían por su mal comportamiento, eran recogidas por Ana Hilda Troconis y su esposo, un holandés. Eran amigos de la abuela y la apreciaban mucho. Por eso se ocuparon de las dos señoritas durante el tiempo que

permanecieron internas. Las llevaban a playas como Piscadera Bay, Kenapa y otras que mi madre dice no recordar.

Los jueves, generalmente, las monjas sacaban de paseo a todas las niñas a uno de los fortines de la isla, ubicado en la montaña. Al aire libre y lejos de los predios del colegio, compartían las chucherías que lograban comprar cuando salían o que les mandaban sus padres desde sus lugares de origen.

Un día, ya harta del colegio, de sus monjas y de algunas criaturas más “estiradas” de lo normal, mi madre le dijo a una de sus compañeras que cuando se largara de ese colegio entraría a la capilla y cantarían un *Te Deum*. La pobre no se dio cuenta de que Soeur Juliette, especialista en lectura de labios, estaba muy cerca y había entendido su dictamen.

No pasaron ni dos segundos para que la monja tomara a mi madre de un brazo y la llevara directo con la Soeur Superieur. Luego de hacerle repetir las palabras proferidas, el castigo fue inmediato. Cinco días en el ático, ubicado en el último piso del colegio, a pan y agua y con un libro entre las manos titulado: *Preparación para la buena muerte...* Qué destino para una infortunada niña de tan sólo nueve años...



El colegio *Welgelegen*,  
Curazao, fundado a finales del siglo XIX

# UN LANZAMIENTO INESPERADO

Solía mi madre ir a bailar con frecuencia al Club Florida, muy cerca de la quinta Nolita. A los quince años le sobraban pretendientes y nunca faltaba quien la invitara.

Un día se vistió con uno de sus mejores trajes y ya en la puerta, dispuesta para salir, fue interceptada por el Catire, su padrastro, un hombre alto, delgado y con pinta de musió. La tomó por el brazo y tuvo un cruce de palabras con ella. Hasta intentó ponerle la mano encima. La abuela, que había presenciado la escena desde lo alto de la escalera, al ver las intenciones de su marido de golpear a mi madre, tomó una de las flechas colgadas en la pared y se la lanzó.

Su objetivo era -conociéndola- dar en el blanco, pero la flecha pasó rozándole la cara. De haber acertado, hubiese quedado viuda. La flecha era auténtica y tenía en la punta la dosis respectiva de curare. Se la había regalado un cacique Wayuu en uno de sus viajes a la Guajira venezolana. El sujeto, de rostro normalmente colorado, se puso más blanco que el talco. Desde ese día, no se atrevió a interferir nunca más en la educación de mi madre.

# FLORES DE MANGO

El abuelo de mi madre, o sea, mi bisabuelo, se llamaba Ángel Gabriel Rincón Edwards. Era tan bueno como un ángel. Se dedicaba a la cría de animales de granja (ganado, pollos, gallinas). También sembraba yuca y pasto. Grandes árboles frutales se extendían a lo largo y ancho de la hacienda El Curarire, llamada así en honor a ese árbol enorme y de follaje amarillo parecido al araguaney. Estaba ubicada en La Concepción, Maracaibo, en el Estado Zulia.

Los fines de semana la excursión movilizaba a una veintena de personas, incluidos primos, hermanos y tíos de la pequeña Alicia, mi madre. Ella, que para ese entonces contaba con apenas seis años, se encaramaba junto con la pandilla de chiquillos en los árboles de mango y trepaba hasta la cima.

Al cabo de unas horas, cuando pisaba tierra nuevamente, con su cara sucia y el pelo desgredado, se enfrentaba a duelo con mi abuela. Esta debía lavar y desenredar aquel cabello dorado y rebelde que caía hasta su cintura, untado con la resina del mango cuando está en flor.

La abuela, con la poca paciencia que la caracterizaba, armada con un gran peine, jaloneaba los cabellos de arriba hacia abajo, tratando de desenmarañar aquel nido de minúsculas partículas de pistilo y polen. Mi madre, incólume, soportaba estoicamente el procedimiento.



La pequeña Alicia, mi madre, posiblemente en la hacienda El Curarire. c. 1931.

# LA MASCOTA CLANDESTINA

En la hacienda El Curarire el bisabuelo Ángel criaba pollos. Los que estaban medio patulecos al nacer eran colocados en incubadoras para que terminaran de formarse y agarraran calor.

Un día, el abuelo le regaló a mi madre un minúsculo pollito pataruco, de esos que no tienen plumas en el cuello, y se lo llevó a casa sin decir una palabra. Era un secreto entre los dos. Al llegar, se fue derecho para su cuarto y escondió al animal. Para calmarlo y darle calor, mi madre lo arropó con su tibia cabellera y durmió con él toda la noche.

Así pasaron los días y la niña se encariñaba más y más con su deslucida mascota. Durante el día la escondía en un cajoncito bajo su cama pero por las noches, se producía el mismo ritual: el pollo se enroscaba en los dorados cabellos de mi madre y así pasaba de largo hasta el otro día.

Una mañana la abuela entró al cuarto y escuchó un ruidito. Cuando se dio cuenta de la presencia del pollo, lo agarró por el pescuezo y lo metió en una bolsa. A mi madre le dio una pela de las buenas y le dijo: “¿Estás loca? ¡Te va a dar buba!”. La buba es una horrible enfermedad transmitida por estas aves. La abuela agarró al animal y se lo llevó de nuevo a la finca.

Mi madre lloró durante días y días. A pesar de lo feo que era, quería su pollo de vuelta.

## UN REGALO MUY ESPECIAL

Durante los años que vivió en Maracaibo, mi madre viajaba con frecuencia a la hacienda El Curarire, propiedad de su abuelo Ángel.

Aparte de sus tíos y tías -hermanos de mi abuela Nolita- los primos sumaban una patota de muchachos que hacía de las suyas en aquel verdor interminable. Che María, el mayor de todos, comandaba las expediciones a lugares que solo ellos conocían. Los más chiquitos generalmente iban detrás de él, en fila india. Las mujeres se quedaban en la casa, preparando la comida y ocupándose de mantener el orden, mientras “la pandillita” salía de paseo.

Una tarde, al regreso de una de sus aventuras salvajes por los predios de la hacienda, Che María traía algo en los hombros. El resto de los primos venía detrás, expectante, con los ojos encendidos por la incertidumbre.

Agobiadas por el calor vespertino, las mujeres descansaban plácidamente en las hamacas que se extendían a lo largo de uno de los corredores laterales de la casa. Al llegar a donde estaba su madre -la tía Tulia- Che María le dijo: “Mira mami. Mira la culebrita que te traje”. En el acto, la tía se desmayó y cayó cuan larga era de la hamaca. Entre gritos y llantos, lograron que recobrará el conocimiento.

Una boa de grandes proporciones se enroscaba aún en el cuello de su hijo, un regalo muy especial que el jefe de la tropa había conseguido para obsequiar a su desprevenida madre.

# UNA FAMILIA DE MÚSICOS

Mi bisabuelo Ángel era un gran hombre. Se había esmerado en la educación de sus hijos. Con mucho empeño se preocupó porque aprendieran a tocar un instrumento musical. Mi abuela Nolita tocaba el piano, la tía Lucila (mejor conocida como tía China) el violín, y la tía Margot la mandolina.

Al final de la tarde, antes de cenar, se reunían en el gran salón de su casa a interpretar melodías que los más pequeños escuchaban con atención. Mi madre, muy niña aún, recuerda la escena con bastante nitidez: ella y su hermana Cecilia vestían batolas blancas con un arruchadito de nido de abeja en el pecho y los cuellos bordados. Muy circunspectas, las dos se sentaban al pie del sillón del abuelo, en la alfombra, y comenzaba la función.

Mientras las tías y mi abuela interpretaban a Mozart, Chopin y Beethoven, las dos niñas le pasaban un hilo de seda al abuelo entre los dedos de los pies hasta que este se quedaba profundamente dormido en su butaca.



Mis tres tías abuelas:  
Flor, Hercilia Margarita y Lucila

# LA MUERTE LLEGA EN HAMACA

Al bisabuelo Ángel no le gustaba dormir en su cama. Prefería hacerlo en la hamaca que pendía en uno de los corredores de la casa donde la brisa soplaba generosamente en las tardes calurosas de Maracaibo. Le encantaba que lo mecieran hasta quedarse dormido. Generalmente lo hacían sus nietos quienes, tras constatar la profundidad del sueño del abuelo, se sumergían en la magia de aquella morada inmensa.

Solían jugar en el patio trasero de la casa donde los árboles de mango les ofrecían la oportunidad de trepar y quedar suspendidos en el tiempo. La casa ocupaba casi media manzana. Estaba ubicada en la avenida Bella Vista, en la capital del Zulia.

Una tarde, luego de almorzar, el abuelo se acostó en su chinchorro y le pidió a la tía Margot, una de sus hijas, que lo meciera. Cuenta mi madre que la tía lo estuvo balanceando durante un buen tiempo mientras ella leía en su sillón. Al cabo de poco más de tres horas, cuando Margot tocó la mano de su padre, se dio cuenta de que estaba helado y al llamarlo no respondió... Se murió como un ángel, con una sonrisa en los labios y con la placidez de quien es arrullado por la muerte.



Mi bisabuelo Ángel Rincón Edwards.  
Su segundo apellido, de descendencia irlandesa,  
cambió a Eduardo durante el registro en Maracaibo.  
Se desconoce la fecha de la foto.

## SEGUNDA COMUNIÓN

En el año 1969 mi hermana María Mercedes hacía su primera comunión. Con cierta resistencia asistía al catecismo en la iglesia La Chiquinquirá, en la urbanización la Florida, muy cerca de la quinta Nolita. Mi madre, muy emocionada, hacía los preparativos para la fiesta. Hasta mandó preparar las tarjetas de invitación y los recuerditos con muchísima anticipación.

Cuando llegó el día de la confesión, requisito indispensable para recibir el sacramento, mi hermana se negó. No hubo poder humano que la convenciera. Ni siquiera la torta y las tarjetas ya impresas le importaron un comino.

Pasaron algunos meses antes de que por fin mi madre, haciendo gala de sus dotes de psicóloga, la persuadiera de confesarse. De todas maneras la niña no se dio por vencida. El día en que el padre Claudio le dijo que le contara sus pecados, ella respondió con valentía:

-Yo no tengo pecados. Soy una niña.

-Pero alguna cosilla habrás hecho -insistió él.

-¿Mientes a tus padres?

-No.

-¿Dices groserías?

-No.

-¿Golpeas a tus hermanos?

-No.

El interrogatorio se prolongó un tiempo más y ya un poco cansado de la tozudez de mi hermana y harto de las mismas respuestas siempre, el cura le dio la absolución y la mandó a rezar tres Avemarías.

La ceremonia se celebró sin contratiempos. También la fiesta. Pero el talante de mi hermana siguió inalterable, siempre contrariada y desencajada. En todas las fotografías salió con cara de tranca, enojada con Dios y con todos los santos... Su resentimiento sigue todavía.



Mi hermana María Mercedes antes de recibir el  
sacramento. Fachada de la Quinta Nolita.  
Caracas, c. 1968.

## EL CORREO

En uno de los viejos arcones que había en la quinta Nolita, la abuela guardaba hojas y sobres que usaba para cartearse con uno de sus hijos que vivía en Bogotá. Tenía tanto papel que nos permitía a mis hermanos y a mí utilizarlos para jugar al correo.

Mary, Héctor y yo, los inseparables, nos sentábamos en el gran comedor de doce plazas ubicado en el centro de la casa. Nos consagrábamos durante las interminables tardes capitalinas a escribir cartas. Yo aún no sabía hacerlo bien pero me esforzaba para que mis hermanos entendieran mi escritura.

El gran buzón imaginario estaba ubicado al pie de la escalera. Allí dejábamos las cartas que elaborábamos con paciencia, introducíamos cuidadosamente en un sobre y poníamos su respectiva estampilla. Si no teníamos, la dibujábamos. Al cabo de un rato y de manera “casual” nos encontrábamos en el correo, recogiendo la anhelada correspondencia.

Cada uno se dirigía a su sitio preferido del salón a leer las cartas enviadas de lugares remotos. Así pasábamos las horas, yendo y viniendo al buzón que traería noticias de remitentes desconocidos.



Los inseparables: Manuela, Mary y Héctor  
en la Quinta Nolita. Caracas, 1967.

# MI HERMANO EL BATERISTA

Mi hermano mayor era músico y se inició en Maracaibo, por allá en los años 60 del pasado siglo. No tengo muchos recuerdos de esa época porque nací 17 años después que él. Cuenta Alicia, mi hermana número cuatro que, en la casa de Tierra Negra, en Maracaibo, mi hermano Bernardo ensayaba con Los Blonders, un grupo de cuatro jóvenes maracuchos, pioneros de la música rock en Venezuela. Alicia era la encargada de preparar las meriendas y atender cualquier solicitud de los noveles músicos.

En el año 1966 Bernardo es invitado a formar parte del grupo musical Los Impala, -creado en 1959- y es así como muy pronto, en septiembre de ese mismo año y con 21 años de edad, viaja a Madrid en una gran gira internacional. Allí, Los Impala son recibidos de manera especial y su música trasciende las fronteras a otros países de Europa, entre ellos, Italia, Francia, Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Portugal.

Durante los primeros años, graban varios discos que los catapultan aún más en una prodigiosa carrera. En 1967, en el Palacio de los Deportes, en Madrid, participan en el Festival de los Ídolos y comparten el escenario con los Rollins Stones, entre otros grupos del momento. En 1970 la nostalgia comienza a manifestarse en los integrantes y regresan a Venezuela. Ese día, luego de cuatro años sin verlo, estoy en la oficina de mi abuela en el Congreso Nacional en Caracas. Hacíamos planes mientras ella me pintaba las uñas para que “estuviera muy bonita” a su llegada. Ese es el recuerdo que atesoro, nos preparábamos para recibirlo luego de su gira por Europa. Aún conservo la fotografía que me tomaron en el restaurante del aeropuerto internacional de Maiquetía a la llegada de Los Impala.

Bernardo pasó poco tiempo en Caracas. Luego de la ruptura del grupo, muy pronto regresó a Europa y en 1973, en Londres, junto con otros músicos venezolanos conforman la banda Spiteri, “un grupo inspirado en el sonido latino fusionado con el rock”. Nunca más volvió a Venezuela.



Los Impala, Madrid, España, c. 1969. El cuarto, de izquierda a derecha, es mi hermano Bernardo.

# UN VAMPIRO EN LA CIUDAD

Mis dos hermanas mayores, Pina y Alicia, dormían en el cuarto ubicado cerca de la escalera, en el segundo piso de la quinta Nolita. Un gran escaparate se extendía a lo largo de una de las paredes laterales de la habitación. Allí, Mary, Héctor y yo, nos encaramábamos a espiar documentos que mis hermanas tiraban en la “cima” del armario: folletos y revistas no aptas para menores.

Una noche, cerca de las ocho, un extraño aleteo sorprendió a mis hermanas. Acostadas, cada una en su cama, escuchaban a Charles Aznavour y Chucho Avellanet, sus cantantes favoritos. Al principio pensaron que se trataba de una “tara”, esos bichos grandes y horribles que parecen mariposas chamuscadas y se alborotan al ser sorprendidas por la luz.

Alicia se tapó la cabeza con la cobija. Pina, con la autoridad que caracteriza a las hermanas mayores, le dijo: “O nos levantamos las dos a ver qué pasa, o ninguna”.

Con cuidado, se acercaron a la ventana. Se llevaron un gran susto con la visita nocturna. Un pequeño murciélago dejó ver su cara de ratón recién nacido. Les mostró sus diminutos dientes de leche y acto seguido, se echó a volar por el cuarto, rozándoles las cabezas de vez en cuando.

Los gritos no se hicieron esperar. Mi padre acudió presuroso a auxiliar a sus hijas y detrás de él, los tres curiosos. Al llegar al cuarto, mi hermano Héctor advirtió muy convencido: “¡Cuidado! ¡Es un vampiro!”.

A trapazo limpio, mi padre logró por fin sacarlo de la vista de las atribuladas señoritas. Esa noche, nadie durmió en la casa.



Mis hermanas Pina y Alicia en Maracaibo, c. 1954.

# EL AVIADOR AMERICANO

Corrían los años 40. En Caracas, en la quinta Nolita, mi madre vivía con mi abuela, el Catire (su padrastro) y sus cinco hermanos. Por las tardes, al caer el sol, caminaba de la esquina Las Gradillas a Sociedad para asistir a misa en la Santa Capilla, en pleno centro caraqueño.

Aquel día iba distraída, pensando en las plegarias que haría a la Virgen para que le sacara de la cabeza a su inútil enamorado. Sintió de pronto que alguien la tomaba suavemente del brazo. Se dio vuelta y vio a dos sujetos bien parecidos, ataviados con uniformes de piloto. Se fijó en el norteamericano, sorprendida con su altura de torre y su mirada profunda. El más pequeño era panameño y servía de intérprete a su compañero.

Tal como correspondía, se presentaron. Con suprema cortesía convidaron a mi madre a tomar el té frente a la Plaza Bolívar. Luego de conversar un largo rato, la invitaron por fin al baile que al día siguiente ofrecía la Embajada Americana en el Hotel Ávila. Mi madre, ni corta ni perezosa, aceptó.

De regreso a casa, ensayaba el verso que le diría a mi abuela para que la dejara ir al baile. Con algo de sorpresa obtuvo el permiso. La única condición era que debía ir acompañada de su tía menor, la tía China.

Esa noche se vistió con el traje azul cielo que hacía juego con sus ojos. Al llegar al Hotel, los dos caballeros esperaban solícitos. Bailaron toda la noche. Mi madre parecía una campana. Para no perder tiempo, no se tomó ni un trago.

Cerca de las doce, el americano la retó: le insinuó que sacara a bailar al Embajador de los Estados Unidos. Estaba convencido de que no lo haría. Sin más preámbulos, la señorita se acercó a la mesa de

tamaña personalidad y la invitó a bailar. El embajador, hipnotizado con su belleza, accedió a la petición. No sólo bailaron una pieza sino un set completo. Pasmado, el gringo se tragó sus palabras y más prendado quedó de mi madre.

De regreso a casa, bajo la mirada cómplice de su joven tía, se fundió en un beso, un abrazo dilatado y la promesa de un reencuentro no lejano.



Hans Dieter, Alicia Vargas Rincón y su pequeña hermana, Natacha.  
Quinta Nolita, c. 1940.

# LOS CANARIOS DE LA ABUELA

Ya casada y con sus nueve hijos, a mi madre le regalaron una canaria que no pudo cuidar por falta de tiempo. Así que le pidió a mi abuela que se la llevara a su apartamento, ubicado detrás de la quinta Nolita. A ella le encantó el regalo y le compró el respectivo macho para que acompañara a la canaria. Muy pronto comenzaron a tener crías, tantas que la abuela tuvo que comprar dos grandes jaulas. Poco tiempo después se encargaba de mantener a más de sesenta canarios.

Los llamaba los Beatles, por los copetes que tenían en lo alto de la cabeza. Desde que la abuela entraba a la casa y abría la puerta, los Beatles se alborotaban y comenzaban a cantar. Sabían que la comida estaba cerca. Mientras los alimentaba con su “plato favorito” –pepino, lechuga y pimentón– les hablaba, les contaba historias y les preguntaba cómo estaban, como si ellos entendieran sus palabras.

Un día, no sabemos por recomendación de quién, la abuela comenzó a darles pan mojado en leche. Muy pronto empezaron a salirles unos bultos en las patas hasta que se murieron casi todos. Recuerdo claramente su impresión cuando los primeros canarios comenzaron a desplomarse de lo alto de las jaulas...

No hubo nada que hacer por los encopetados cantantes.

Era demasiado tarde.

## **OTRO MÚSICO EN LA FAMILIA**

Además de mi hermano Bernardo, el otro músico de la familia es Coqui. Los recuerdos que tengo de su afición por la música van mucho más allá de la fiebre que desarrollan por la guitarra algunos adolescentes a los quince o dieciséis años.

Cuando cumplió diecisiete, comenzó a fabricar quenás de bambú en la casa de Macuto para poder costearse sus estudios en el conservatorio. También recuerdo que, un poco después, formó parte de la agrupación musical Quena, un conjunto que interpretaba el folklóre latinoamericano y daba conciertos en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela, en Caracas.

Yo, fascinada con su habilidad para crear música, no me quedaba atrás. Tomaba una de sus flautas y trataba de interpretar, de oído, las melodías que mi hermano producía.

Asistí con él a más de un ensayo y participé en la edición del primer LP del grupo. También estuve presente en la grabación de un programa para la Televisión estatal cuya presentadora era Isa Dobles. En esa oportunidad el Grupo Quena tocó junto a Mercedes Sosa.

Ese mundo me hipnotizaba, me elevaba, y generó en mí el deseo de aprender, algún día, a ejecutar algún instrumento... No ocurrió así. Más allá de algunas notas en el cuatro y la guitarra y tocar de memoria algunas piezas en la flauta dulce, mi sueño no se hizo realidad... Aunque dicen que nunca es tarde para aprender.



Grupo Quena, Caracas, c. 1976. El primero de la izquierda es mi hermano Coqui.

# NO SE PERMITEN NIÑAS

Antes de mudarnos a la capital, Caracas, vivimos en la casa de Tierra negra, frente al Colegio San Vicente de Paul, en Maracaibo. No tengo recuerdos de esa época pues aún no superaba los dos años de edad. Cuenta mi hermana Alicia que era una quinta grande, de dos plantas, ubicada en una esquina. Así que tenía doble entrada, una por la sala y otra por el comedor. El gran patio trasero era el lugar predilecto de mis hermanos. Allí solían jugar béisbol, montar bicicleta, encaramarse en los árboles de mango.

En el cuarto de mis padres, además de su cama, un par de cunas se adosaban a cada lado. Los dos más pequeños, Héctor y yo, éramos apenas unos bebés. Mi hermana Mary, con tan sólo cinco años, no tenía más remedio que jugar con Emilio y Coqui. A pesar de los juegos de varones a ella no le importaba, hacía todo lo que ellos hacían. Tal vez por eso desarrolló cierta malicia que luego aplicó con nosotros, los más pequeños.

Un día, mi padre les regaló a los dos varones una carpa que ambos, muy emocionados, armaron en el patio de la casa, al pie de un gran árbol de mango. Luego, sin mayores contemplaciones, colgaron un cartel en la entrada que decía: “No se permiten niñas”.

A mi hermana le dio tal indignación que durante días estuvo maquinando la forma de entrar al refugio sin que se dieran cuenta los propietarios. No le permitían siquiera estar a dos metros de distancia. Así que de la curiosidad pasó a la rabia y de allí, a la acción.

Una tarde en que mis hermanos cuchicheaban, salían y entraban misteriosamente de la carpa, Mary tuvo un plan. Se encaramó en el árbol sin que nadie la viera. Cuando los dos únicos miembros del club ya estaban adentro, se les tiró encima.

Los gritos se escucharon en todo el vecindario.

Aparte de unos pocos rasguños y unos cuantos moretones, la cosa no pasó a mayores: una pela de parte de mi padre y un tenderete inservible que fue a dar a la basura.

# EL CUARTITO DE DISFRACES

Entre el cuarto de paredes y techo color negro – propiedad de mis hermanos Emilio y Coqui– y el más grande de todos –refugio de Mary, Héctor y yo– había un espacio donde mi madre guardaba trajes añejos y disfraces que sus nueve criaturas habíamos usado durante algún acto escolar.

Una puerta pequeña disimulaba una habitación alargada, en forma de pasillo, un joyero mágico que ocultaba riquezas inimaginables: ropajes antiguos, coronas de princesa, pelucas coloridas, antifaces de personajes famosos (El Zorro, El Llanero Solitario), capas de príncipe, sombreros de bruja, alfombras mágicas, zapatillas encantadas... Los tres aliados solíamos disfrazarnos e inventar historias en las que éramos superhéroes, villanos infames, genios malvados, doncellas, hechiceras, niños en peligro...

Nos subíamos al tranvía del tiempo y traspasábamos las fronteras de la fantasía.



El zorro y las dos indias  
en el patio de la quinta Nolita, 1970.

# **CUATROS EN LA CABEZA**

Un día de agosto, durante las vacaciones escolares, mi padre llevó a casa un par de cuatros para mis hermanos Mary y Coqui. Se pusieron contentísimos con el regalo. Al cabo de unas horas, mientras tocaban a dúo, mi hermano le dijo a Mary que estaba desafinando.

Sin mediar palabra, el cuatro de mi hermana fue a dar en la cabeza de su acompañante. Coqui, con las cuerdas aún rodeando su cuello, hizo exactamente lo mismo con su instrumento. Ambos, al darse cuenta de lo ocurrido, lloraron amargamente el resto de la tarde.

# LAS PESADILLAS DE MI PADRE

Durante mucho tiempo mi padre tuvo pesadillas. Comenzaron en Maracaibo cuando trabajaba en la Tecstone, una compañía impermeabilizadora ubicada frente al Club Caribbean.

Cuentan mis hermanos que una vez, de madrugada, comenzó a dar unos gritos espeluznantes. Eran tan fuertes que todos en casa se despertaron y corrieron al cuarto de mis padres a ver qué pasaba. Lo único que lograban entender de una frase balbuceante era: “¡Un tigre, un tigre, un tigre me come la pierna!”.

Mi hermano mayor lo agarró por los hombros, lo sacudió, hasta que logró por fin despertarlo. Un poco más calmado, mi padre les contó que en el sueño sentía que algo le rozaba la pierna. Cuando pudo reaccionar, se dio cuenta de que un desalmado tigre se la devoraba.

Esa noche, la ventana se había quedado abierta. El viento levantaba la cortina que tocaba suavemente las largas piernas de mi padre...



Mi padre, Bernardo Ball Ortín. La Vega,  
Bella Vista, Maracaibo, c. 1942

# EL ENCANTADOR DE NIÑOS

Ricardo, el segundo de mis hermanos, desde siempre tuvo una imaginación desbordante. Cuando era pequeño, en el patio de la quinta Margarita, en Santa Rita, Maracaibo, construía carreteras y pequeñas ciudades en las que jugaba con sus carros y camiones. A veces, permitía que mi hermana Alicia jugara con él. Otras, ella lo miraba embobada y pensaba cómo su hermano podía hacer cosas tan increíbles.

Cuando vivíamos en la quinta Nolita, para entretenernos, Ricardo inventaba juegos que los tres más pequeños (Mary, Héctor y yo) muy obedientes, seguíamos al pie de la letra: Carrera de botones, Banco de metras, Autopistas en la tierra. Uno de los favoritos era “Carrera de carros”. Nosotros, por turnos, lanzábamos un dado y el número que saliera, indicaba los centímetros que debíamos avanzar con nuestro carro de juguete. Ricardo, el director del juego, medía cuidadosamente con una regla los centímetros que nuestras tortugas carro adelantaban. La meta quedaba al otro extremo del salón...

Era un juego interminable que por horas nos mantenía bajo los efectos de un encantamiento provocado.



Mis hermanos Bernardo y Ricardo. El Paraiso, Maracaibo, c. 1955

# UN ENCUENTRO INSOSPECHADO

Mi abuela era una mujer de armas tomar. En 1927 se divorció de mi abuelo, Casto Emilio Vargas. Nunca lo amó, se casó con él por despecho. Mi madre tenía apenas dos años, su hermana Cecilia, cinco y Ángel Eduardo, el menor de los tres, aún estaba en el vientre de Doña Nolita. A partir de ese momento nunca más volvieron a saber de su padre. La abuela lo execró de la vida de sus hijos. Durante años, ni una palabra, foto o recuerdo trajo a la memoria de sus pequeños la imagen de aquel hombre.

Trece años más tarde, mientras vivían en la quinta Nolita, un matrimonio amigo de la abuela -Andrés Mazzei y Josefina Chirinos- llegaron de Maracaibo a pasar unos días en la capital. Transcurrida una semana, en la víspera del regreso, Andrés le dijo a la abuela que quería llevarse a mi madre a pasar unos días con ellos. Luego de pensarlo detenidamente, la abuela accedió. La única condición que puso fue que impidiera a toda costa que Alicia viera a su padre. Andrés y mi abuelo Emilio eran amigos, compañeros de trabajo en la Creole Petroleum Corporation.

Ya en Maracaibo, mi madre se sentía feliz. Andrés y Josefina la sacaban de paseo. Los fines de semana la llevaban al Club Creole. Allí conoció a un montón de gente, amigos de la pareja. Todas las tardes, luego de la siesta acostumbrada, mi madre iba al cuarto de Josefina y le cepillaba el cabello mientras conversaban. La peinadora estaba justo al lado de la ventana.

Un día, cerca de las cuatro, Andrés entró a la habitación de manera inesperada. Se acercó a mi madre y le dijo, señalando hacia la calle: “Mira Pochoncita (así llamaban a mi madre), ese señor que va caminando por allí... es tu papá”.

Alicia sintió que el corazón le latía descompasado y se quedó sin palabras. “¿Lo quieres conocer?” -

agregó él. Al cabo de unos segundos, cuando logró recuperarse del asombro, mi madre contestó: “Bueno, si me das permiso...”.

Afuera, mi abuelo caminaba lentamente, como pidiendo permiso a un pie para mover el otro. Sabía que mi madre estaba ahí, tan cerca de él. Andrés lo había dejado en la esquina, con el alma en un hilo, a la espera de cualquier señal que le indicara que todo iba bien.

Sin dar tiempo de nada, mi madre bajó apresuradamente las escaleras y desde la puerta lo llamó por su nombre. Él corrió a su encuentro, la abrazó con fuerza y, quebrada la voz, le dijo:

-Alicia, yo soy tu padre.

Mi madre, con los ojos embebidos en lágrimas y una garra oprimiendo su garganta, le respondió con la misma frase:

-Emilio, yo soy tu hija.

Lloraron juntos, ceñidos el uno al otro, como reclamando a la vida el tiempo perdido. Andrés, conmovido con la estampa que observaba desde la ventana, les pidió que entraran. Una vez en el salón, mi abuelo no dejaba de mirarla. La abrazaba, le acariciaba el cabello y la besaba. Así permanecieron, uno junto al otro, contándose la vida que no tuvieron.

Al día siguiente tocaron a la puerta. Un hombre menudo entregaba un ramo de flores soñado, una cesta repleta de frutas y una esquela que rezaba: “Espérame esta tarde. Te vendré a buscar para ir al cine. Tuyo, Emilio”. Brincando de alegría, mi madre le pidió el permiso a Andrés. Se puso su mejor vestido, se perfumó y esperó con ansiedad a que el reloj diera las cinco campanadas.

Se fueron al cine. Cuenta mi madre que el abuelo no le soltó la mano durante toda la función. Al final, ya fuera de la sala, le dijo:

-Alicia, ¿Por qué no me dices papá?

-Porque te acabo de conocer, pero dame tiempo, muy pronto lo haré - respondió ella.

Durante el mes que mi madre estuvo en Maracaibo, no hubo un solo día en que no recibiera flores. Todas las tardes, al salir del trabajo, el abuelo la buscaba en su automóvil. Paseaban por el malecón y los alrededores de la ciudad. La llevaba a las tiendas, comían helados, le hacía hermosos regalos... tal vez para saldar una deuda antigua, el agravio de una separación prematura que les negó toda posibilidad de conocerse y amarse.

Llegó el tiempo de regresar. Mi madre viajó de nuevo a Caracas, hecha un mar de lágrimas. Fue la última vez que se vieron. Durante algún tiempo mantuvieron la comunicación. Se escribían clandestinamente. Al cabo de unos años el abuelo se mudó a Mérida y a través de una amiga de mi abuela -Nelly Willson- mi madre supo entonces que su padre estaba enfermo. Le escribió y le pidió que la dejara ir a cuidarlo. El abuelo se negó, vivía solo y no tenía quien atendiera a su hija.

La última carta que recibió de su padre data de 1945. Allí le decía que tenía algo que contarle, un secreto, un asunto importante... Se lo llevó a la tumba. Nunca supo mi madre lo que el abuelo guardaba celosamente para ella.



Mi madre, Alicia, c. 1940.



Última carta de mi abuelo a su hija Alicia, 15 de mayo de 1945.

## | AGRADECIMIENTO

No puedo dejar de agradecer a mi madre, informante clave en gran parte de las crónicas, por los cuentos que me contó desde que tengo memoria.

Agradezco a mis hermanos, quienes hicieron aportes importantes con los datos y fechas de algunas de las historias.

A Lauro, entrañable amigo, por sus acertadas correcciones y sugerencias, por su sentido preámbulo.

A quienes facilitaron algunas de las fotografías que forman parte de este libro.

A todos los que se tomaron la molestia de leerme y aportar su valiosa opinión.

***Un regalo muy especial y otras crónicas de la infancia,*** reúne treinta y cinco historias que transcurren en diversos escenarios y tiempos, en espacios donde convergen la infancia y la adolescencia de los miembros de una familia numerosa en los años 60 del siglo pasado. Crónicas familiares que transitan diferentes manifestaciones de esa etapa de *vita contemplativa*: la placidez por los juegos compartidos, la seguridad del calor del hogar, la protección de los hermanos mayores, ese periodo de descubrimiento y sorpresa que es la infancia, el resguardo de la inocencia. Pero también representan los recuerdos de una madre, la de la autora, que vivió sucesos que la marcaron irremediablemente y que amorosamente les contaba a sus hijos: reencuentros familiares, travesuras infantiles, aventuras de otra época, separaciones forzadas, efervescencia adolescente, amores difíciles. En este peculiar libro de crónicas, la autora combina el humor y la comprensión del ser humano, desde su mirada adulta, pero con tal frescura y desenvolvimiento que hacen que no abandonemos las páginas y leamos hasta el final, absortos por los hechos que narra.